

cialmente el de los esposos Monplaisir, y el del notabilísimo gracioso Corby, que se distinguió en el baile cómico *El spleen, la desesperación y el vino de Champagne*, en que ejecutó el paso de *El Embajador inglés*. El baile pantomímico *L'Almeé ó un sueño en Oriente*, cuya protagonista corrió á cargo de Adela Monplaisir, sorprendió y admiró al público, que la halló digna rival de Fanny Esller; en el papel de *Zis-co* acabó Corby de conquistar á los concurrentes, en competencia con Viethoff, y en el paso á dos *La Zingarilla*, el matrimonio Monplaisir fué aplaudidísimo. En la segunda representación, verificada el domingo 23, se estrenó el baile pantomímico *La Silfide*, notable composición de la que dijeron los periódicos: "Las últimas escenas, sobre todo, están llenas de poesía y conmueven el corazón como pudiera hacerlo una música melancólica." La tercera función, dada el 29 con el baile grotesco *Frisac* y la pantomima en dos cuadros *La ilusión de un pintor*, afirmó en el aprecio público á Adela y á Monplaisir, á Corby y á Viethoff, y á toda su numerosa Compañía, que montaba sus bailes con un lujo y una propiedad intachables.

Seguiré dando cuenta de esos espectáculos en el próximo capítulo, cerrando éste y la reseña de 1849 con la noticia de la construcción y apertura de un nuevo y no buen teatro, que se denominó del *Pabellón Mexicano*, sito en la calle de Arsinas; una modestísima Compañía, compuesta de veintiún actores y dos parejas de canto y dos de baile, lo estrenó en la noche del domingo 23 de Diciembre. El suceso no merece mayores comentarios.

CAPITULO XIV

1850

Con éxito siempre creciente la Compañía Monplaisir puso en escena en los primeros días de Enero de 1850, entre varios bailes y pantomimas, *Lola Montes y el Rey de . . . Acelia, ó la esclava siria y El Califa de Bagdad*. Ya muy adelantado aquel primer período de su temporada, montó con extraordinario lujo, singular propiedad, y numerosas y bellas figurantas, el baile en tres actos y cinco cuadros *Esmeralda, ó Nuestra Señora de París*, arreglado por Perret y con música de Pugnî: á la primera representación, verificada el miércoles 23 de Enero, sucedieron varias repeticiones de la misma obra, sin que el absorto público se cansase de verla y de aplaudirla.

Aquellos grandes y notables espectáculos alternábanse con representaciones de la Compañía Dramática, la cual, en su función de la noche del 20 de ese mes, estrenó con mucho éxito un drama del poeta habanero D. Juan Miguel de Losada, entonces residente en México, que le puso por título *El Grito de Dolores*, y fué, según él mismo dijo, una compilación de versos patrióticos.

Hé aquí cómo hacía expresarse á D. Miguel Hidalgo en una de las escenas culminantes:

.....
 "No faltará quien un día
 insulte la sombra mía
 y eche un borrón en mi fama;
 que al levantar en facción
 bisoño ejército fiero,
 el negro epíteto espero
 de foragido y ladrón . . .
Ladrón! Foragido! miente
 quien manche de Hidalgo el brillo . . .
 que venga á ser el caudillo
 el que se juzgue valiente!
 Ah! sólo, sin disciplina,
 las huestes que yo levanto,
 qué puedo hacer? y hago tanto!
 El cielo, al fin, me destina
 para que el odioso yugo
 quebrante del despotismo,
 y ruede hasta el hondo abismo
 nuestro opresor y verdugo."

El drama, fué, lo repito, muy bien acogido, y su autor llamado varias veces á la escena, y elogiado por todos los periódicos de la época, época de buen humor y tan animada como si nuestros compatriotas hubiesen puesto empeño en apresurarse á divertirse antes que el estrecho círculo que apresuradamente venía cerrando en torno de la Capital la terrible epidemia del cólera, ahogase el contento y la alegría por las muchas é ilustres víctimas que de allí á poco había de causar.

El violinista Franz Coenen, separado de Herz, había regresado á la ciudad federal; y unido á Monplaisir, tomó parte como solista en los entreactos de las funciones de esa compañía, que el miércoles 6 de Febrero dió el primer beneficio de Adela con el brillantísimo cuadro *Una fiesta en los jardines de Tortolonia*, cooperando á la mayor variedad del programa, compuesto de diez números, Coenen y la Mos-

queira: la decoración estrenada en el baile pantomímico fue obra del excelente escenógrafo Eduardo Riviere, que se encontraba en México. El 8 de Febrero se dió la última función de abono con *La Esmeralda*, y aunque el Nacional seguía concurridísimo y el público pedía que las funciones continuasen, fué necesario suspenderlas porque la aplaudidísima Adela, sin que hasta allí hubiésemos conocido nadie ni imaginádoselo al verla saltar como una positiva sílfide, se encontraba tan avanzada en sus oficios de esposa y madre, que poco después de un mes de la última función abrió á la luz de México los ojos de uno de sus hijos.

Mas no por eso careció nuestro teatro de espectáculos escogidos: hacia el 20 de Febrero regresó á la Capital la celeberrima Ana Bishop, y sin la competencia de Herz, que expedicionaba en California, fué nuevamente bien acogida. En 21 del susodicho mes, Ana cantó en el Nacional *El Elixir de Amor*, la polka *La Mexicana*, compuesta para ella; el *¡Oh Patria!* de Tancredo, luciendo una magnífica armadura, con la que se veía bellísima, y arrebató, por último, á su numeroso público, con la canción mexicana *La Pasadita*, dicha en castellano y en gracioso traje de china poblana. De su segunda función lírica, el domingo 24, nos dice *El Siglo*: “Esta artista favorita nos ha dado antenoche nuevas pruebas de su admirable talento y ha recibido durante todo el curso de la representación los más justos aplausos, lo mismo en *Roberto Devreux* que en el *Barbero*. El canto patriótico compuesto por Carlos Bochsa ha producido mucho efecto; el público lo hizo repetir en medio de palmadas entusiastas, y creemos que está destinado á la mayor popularidad, tanto en nuestros salones, como en las festividades patrióticas, para lo cual juzgamos que debe ser adoptado. Ana, representando á la Diosa de la Libertad, ha cantado este himno con una expresión arrobadora, que contrastaba con su elegante y noble interpretación del carácter de la Reina Isabel, y con la dulzura y gracia de la mimada *poblana*, que nos encantó en *La Pasadita*.”

Digamos algo del susodicho canto patriótico, algo que podría servir para que cualquiera escriba la historia de la formación del *Himno Nacional* mexicano.

En la noche del 17 de Enero de 1850, reunida la Academia de Letras, presidida por D. José María Lacunza, Ministro entonces de Relaciones, con asistencia de los alumnos del Colegio y de un gran concurso, presentósele una Comisión de la Junta Patriótica y á su frente D. Anastasio Zerecero, á entregarle una medalla de oro dedicada al joven poeta D. Andrés Davis Bradburn, educado en las aulas de Letras, y autor de la composición designada por la Academia como la más digna de servir para el Himno Nacional, cuya música se ofreció á componer Enrique Herz, según dije en el precedente capítulo.

D. Anastasio Zerecero pronunció en el acto de la entrega, un dis-

curso tan notable como el que produjo en la solemne colocación de la primera piedra del Teatro de Santa-Anna, y después de contestarle con pocas y oportunas frases, Lacunza tomó la medalla, la colocó, pendiente de una cinta tricolor, al cuello de Davis, quien fuertemente emocionado, manifestó su gratitud por la honra que se le hacía. Hé aquí la composición de Davis Bradburn, que no pudo caber en el anterior capítulo:

CORO.

“Truene, truene el cañón; que el acero
en las olas de sangre se tiña,
al combate volem, que ciña
nuestras sienas laurel inmortal.

“Nada importa morir, si con gloria
una bala enemiga nos hiere,
que es inmenso placer al que muere
ver su enseña triunfante ondear.

ESTROFAS.

“Llora un pueblo infeliz su existencia
humillada hasta el polvo la frente,
grande un trono le oprime potente,
nada es suyo, ni templo ni hogar.

“Mas se eleva grandioso un acento,
Que en el monte y el valle retumba,
y aquel trono opresor se derrumba
todo el pueblo *soy libre* al clamar.

“Se remonta á las nubes el águila
vencedor tremolando su emblema,
y destroza, al volar, la diadema
que intentara su vuelo abatir.

“Muestra el nombre de México al mundo,
tricolor la bandera flotante,
y su pueblo de gloria radiante
ha jurado guardarla ó morir

“Si su brillo un instante empafiara
de veneno mortífero aliento;
si un eterno y terrible tormento
imprimiera en el rostro el dolor,
con la sangre borremos la afrenta,
tal vez se halla el combate cercano . . .
¡claro brille el pendón mexicano
ó sucumba con gloria y honor!”

Ya indiqué que la música puesta por Herz á ese himno no alcanzó á llamar la atención. Carlos Bochsa, con aquél indispuesto, quiso, á su vez, tentar fortuna y ver de superar al pianista compositor, con esa deliciosa pequeñez de enemistad y de envidia que reina siempre entre los artistas, y como ya queda dicho, compuso su *canto patriótico*, que dedicó al Presidente de la República, D. Joaquín de Herrera, quien le contestó aceptando y dándole las gracias. Hé aquí su letra, debida al poeta habanero D. Juan Miguel de Losada:

ESTROFAS.

“No más guerra, ni sangre, ni luto;
cesen tantos y tantos horrores,
que la sien coronada de flores
trionfadora levante la paz.
Nuestros campos bañados en sangre
se engalanan doquier de esmeraldas,
y las ninfas nos tejan guirnaldas
de Anahuac en la orilla feraz.

Roto el yugo del déspota altivo
mengua fuera llevar otro yugo,
cuando al Dios de los cielos le plugo
redimirnos de fiera opresión.
Vuelva, vuelva el inicuo extranjero
y verá cómo mueren los bravos,
que la afrenta de viles esclavos
no soporta esta heroica nación.

“Entre el humo y el polvo y el fuego,
¡libertad! clamará el moribundo,
y al dejar los encantos del mundo
¡libertad! sus acentos serán.
Guerra! guerra! á los fieros tiranos;
nuestro triunfo decretan los cielos,
y las sombras de Hidalgo y Morelos
la corona de gloria nos dan.

CORO.

“Mexicanos, alcemos el canto
proclamando la hermosa igualdad,
y á los ecos los ecos repitan
Libertad! Libertad! Libertad!”

A pesar de la buena acogida que el público dispensó al *Canto Patriótico*, por más que le imprimió y circuló D. Ignacio Cumplido, la música de Bochsa no se popularizó como se prometía *El Siglo*, como tampoco se había popularizado la de Herz. Ni uno ni otro ilustres artistas hallaron la nota conmovedora que hiriese el corazón mexicano, triunfo reservado al catalán D. Jaime Nunó.

Ana Bishop pretendió hacer oír el *Stabat Mater* de Rossini en el Teatro Nacional, y para ello dió todos los pasos que creyó bastantes y aun comenzó los ensayos; pero á las preocupaciones de la época no pareció bien que esa obra maestra religiosa se cantase en una sala de espectáculos públicos, y la artista hubo de desistir de su propósito y tomar el camino de Veracruz, en cuyo puerto se embarcó en 16 de Mayo para los Estados Unidos.

Mientras Adela Monplaisir se preparaba al nacimiento de su hijo y se reponía después de los consiguientes trastornos, su Compañía suspendió sus funciones, imposibles sin ella, y la dramática dió algún impulso á las suyas, á pesar de que entre sus artistas reinaba la más perfecta desunión. Efecto de ella, la Peluffo y la García y la Moctezuma, y los actores Armenta, Armario, Estrella y Máiquez se separaron de la Empresa del Nacional, y el 22 de Febrero salieron para Puebla.

Para compensar esa pérdida, pues lo era y grande la separación de la Peluffo, la Empresa contrató y presentó en 3 de Abril, la muy buena pareja coreográfica de Celestina Thierry y Oscar Bernardilly, y anunció estar próximos á llegar de la Habana la actriz Ventura Mur, Joaquín Ruiz y su esposa, Manuel Argente, y los maquinistas Juan Alerci y hermano. La Mur y Ruiz eran nuevos en México, y Argente sólo había trabajado unas cuantas funciones en otra temporada. El 9 de Abril la Cañete, Dorotea López y Mata, Viñolas, Fabre y Castro, estrenaron con buen éxito la comedia *Cuidado con los primos*, traducida del francés por Carlos Hipólito Serán.

Como todo esto era bien poco, el público recibió con regocijo el anuncio de la llegada de una Compañía de Opera Italiana, formada por el distinguido artista Attilio Valtellina, separado de la Bishop y de Bochsa; Valtellina, durante su estancia en Puebla, entró en sociedad con el comerciante Amable Federico Duverey, para traer dicha compañía de ópera, que el sábado 13 de Abril dió su primera función en el Nacional, cantando *Lucia de Lamermoor*, con el siguiente reparto: *Lucia*, la Barilli de Thorn; *Elisa*, la Zanini; *Ashton*, Taffaneli; *Edgardo*, Arnoldi; *Raimundo*, Zanini; y *Arturo*, Ayala. Antonio Barilli era el director y maestro. La Barilli agradó infinito; su voz vibrante y al mismo tiempo dulce y armoniosa; sus modales distinguidos y su figura interesante y simpática, le conquistaron desde luego el aprecio de la numerosa y escogida concurrencia que llenó el

Nacional; no gustaron menos el Sr. Arnoldi, de hermosa, robusta y sonora voz, y gran naturalidad de acción, y el excelente barítono Taffanelli. Con el mejor resultado se repitió *Lucia*, y el 23 de Abril se cantó *Capuletti e Montechi*, desempeñando la Barilli la *Julietta*, el Tebaldo, Arnoldi; el *Lorenzo*, Zanini; *Capelio*, Valtellina, y *Romeo*, Amalia Majochi de Valtellina.

Como de costumbre la compañía dramática siguió dando funciones siempre que no las daba la ópera. El 26 de Abril, Manuel Argente, primer actor y Director, se presentó con *Sancho García*, de Zorrilla, y el 29 la agraciada dama joven Ventura Mur, con *La Gracia de Dios* y la canción andaluza *El Churrí*. La nueva actriz conquistó desde el primer momento á su público.

Visto el éxito de las funciones extraordinarias, la Compañía Italiana abrió un abono por nueve representaciones, que comenzarían el 4 de Mayo para terminar el 7 de Junio, poniendo los palcos á cincuenta y cinco pesos, y las lunetas á diez. En 15 de Mayo esos excelentes artistas cantaron *Hernani*, que fué la primera ópera del maestro Verdi que se puso en escena en México, y como faltase la partitura completa de orquesta, el Sr. D. José Bustamente, muy elogiado por Galli y muy orgulloso de ese elogio, instrumentó, parece que con mucho acierto, los dos primeros actos.

Pero ni la Compañía italiana pudo dar más de cinco de sus funciones de ópera, ni la de Monplaisir reanudar, según anunció, sus espectáculos favorecidos, ni la dramática proseguir sus representaciones; desde el mes de Abril la ciudad comenzó á verse invadida por la horrible epidemia del cólera, que en poco tiempo y con los calores secos de Mayo, tomó espantoso incremento, causando numerosísimas víctimas, no sólo en la clase pobre, sino también en las más elevadas por su riqueza ó posición social; nadie pensó ya en otra cosa que en ensayar multitud de medicamentos y métodos curativos, cuyos pormenores llenaban las columnas de los periódicos, y los únicos espectáculos que atraían gente, fueron las procesiones de rogativas.

Por más que las autoridades procuraron minorar el terror, que tanto predispone al contagio, invitando á las Compañías á proseguir sus funciones, poco se pudo alcanzar. Hipólito Monplaisir quiso mostrarse deferente á la invitación, y montó con extraordinario lujo, propiedad y buen gusto, el baile dramático en dos actos y cinco cuadros: *La Independencia de la Grecia*, puesto en escena, en función extraordinaria, en el Principal, el jueves 13 de Junio. El cuerpo coreográfico, compuesto de diez y seis preciosas jóvenes, é igual número de varones, obedecía con admirable simetría y precisión las órdenes de su entendido Maestro, formando grupos, evoluciones y figuras á cual más perfecta, sin que cometiesen ni la menor torpeza los ciento sesenta individuos que tomaban parte en el citado baile. Los aplausos

más merecidos no escasearon, tampoco faltó numeroso público, y no obstante, Monplaisir tuvo que suspender sus espectáculos por haberse enfermado de la aterradora epidemia dos individuos y asustándose el resto. Enrique Herz, que por esa fecha se encontraba en Guadalajara, de regreso de California, había anunciado que vendría á México, pero al saber cómo el cólera se cebaba en los moradores de la Capital, desistió de su propósito, y con pena se supo que se dirigía á Tepic y de allí pasaría á Lima.

Aprovechando esa interrupción de espectáculos, haré caber aquí una noticia no fuera de lugar, pues se relaciona en algún modo con el Teatro Nacional, por tratarse de un periódico que mucho escribió acerca de las funciones que allí se daban.

El sábado 11 de Mayo del año de 1850 que historiamos, se publicó el primer número de *El Daguerreotipo*, importante semanario enciclopédico, de que fué Director, René Massón, y Redactor, Alfredo Bablot. *El Daguerreotipo*, bien diferente de los periódicos literarios mexicanos y bastante análogo á las revistas europeas, fué, según sus mismos redactores, "una tentativa de innovación en nuestra prensa." Bien escrito y bastante bien impreso, no obtuvo, sin embargo, mucha popularidad, porque sus citados redactores, ambos muy competentes y muy distinguidos, habíanse hecho poco simpáticos á los mexicanos, ofendiéndolos duramente al censurar nuestros vicios y defectos en *Le Trait d'Union*, fundado en 1849. *El Daguerreotipo*, que en cada número repartía una piecicilla de música, impresa en una sola hojita, murió á los pocos números de su segundo tomo. Sus críticas fueron espirituales y de mérito.

Mas ya que podemos decir que á mediados de Junio el cólera empezó á minorar hasta retirarse casi por completo con la fuerza de las lluvias, volvamos á nuestros espectáculos.

La compañía dramática de la Cañete, Mata, Viñolas, Fabre y demás actores nuestros conocidos, tuvo, á fines de Julio, que abandonar el Teatro Nacional, en rompimiento con la Empresa, é irse á acoger en el teatro del *Pabellón Mexicano*, construído en la calle de Arsinas y estrenado, según ya he dicho, el año anterior, el 23 de Diciembre. Un gacetillero de la prensa de esos días, nos lo pinta así:

"Imagínense nuestros lectores una sala en forma de cerbatana, con dos series de espaciosos palcos, sin contar con la galería; con una competente porción de estrechos bancos donde caben de hecho cinco personas y de derecho seis, con unos pequeños y nada blandos cojines; un foro poco elevado, pero singularmente angosto, con una enorme y descomunal concha en que pueden caber, cómodamente, siete apuntadores, y un telón de boca con una complicada alegoría que no comprendemos, y tendrán una idea aproximada de aquel nuevo templo de las musas."

Esta ausencia de esa compañía, que se estrenó en el *Pabellón Mexicano* con la comedia *El Premio Gordo*, duró poco más de un mes, y, transadas sus diferencias con la Empresa, volvió al Nacional el 8 de Setiembre, tomándole los actores por su cuenta, con gran ventaja para el público, pues por tenerle grato, la sociedad artística se esforzó en poner obras nuevas y dar variedad á las funciones.

Con las de ella alternaron las de la Compañía Barilli y las de los esposos Monplaisir, á quienes las súplicas y los empeños de multitud de personas, decidieron á abrir un nuevo abono de doce funciones en el Principal, y á dar en el Nacional algunas extraordinarias, á partir del 13 de Agosto. En esta segunda época, Monplaisir repitió *Esmeralda*, estrenó la muy aplaudida y tierna pantomima *La Sombra, ó un Loco*, y el viernes 13 de Setiembre puso en escena, con un éxito indecible y un lujo y buen gusto sorprendentes, el baile fantástico en cuatro actos, *El Triunfo de la Cruz*, cuyo recuerdo aun hoy día entusiasma á cuantos, habiéndolo visto, viven para contarlo y recrearse con memorias gratas.

Todos ellos creen contemplar todavía al joven Conde *Federico de Bravante* vacilando entre la tierna pasión de la linda aldeana *Lelia*, y las seducciones de la muy hermosa cortesana *Phebé*: para hacerle persistir en la disipación y la orgía, el pícaro *diablo en jefe* enviale, bajo la forma de un paje deliciosamente encantador, al lindo *Urielle* que no es un demonio de los comunes y corrientes, sino un genio ó un espíritu más juguetón que malvado. *Federico*, que ya no podía habérselas con sus acreedores, se ve salvado de ellos por *Urielle* que satisface todas sus deudas, dando á los dichos *Matatías* el chasco de que una vez recogidos los créditos, el dinero se les convierte en humo. El desagradecido Conde, una vez libre de la ruina, cede á las sugerencias de los ángeles de la guarda y vuelve á amar á *Lelia*, y cuando decide hacerse *hombre formal* casándose con ella, *Urielle*, que habiendo revestido las formas de una ninfa preciosísima ha ensayado sin fruto todas las seducciones posibles, hace que desembarquen en las inmediaciones del castillo de Bravante unos piratas, y con suma habilidad intriga para que esos tales se roben á *Lelia* en los momentos en que ora por su amante y con él va á unirse en matrimonio. No satisfecho con esta barrabasada, fácilmente convence al mismo pirata para que también se robe á *Phebé*, y quedar así sin ningún rival, pues resulta que *Urielle* es un genio femenino y sensible que háse enamorado perdidamente del Conde *Federico*. Para hacerle suyo y ser suya, *Urielle* toma el ser y traje de *Lelia*, y cubierto con el velo nupcial se decide á sustituirla, y marcha todo bien al principio, pues el de Bravante ignora cuanto ha pasado. Pero el enamorado genio no contaba con la huésped; como la ceremonia religiosa no se había celebrado aún, es necesario ir á la iglesia y allí, la presencia del sacerdote y de las

reliquias é imágenes sagradas, rechazan al espíritu maligno. *Urielle* vuelve á revestir su apariencia de paje, y acompaña á *Federico* á la corte del Radjah indio, á donde se sabe que han sido conducidos *Lelia* y *Phebé*. El soberano, enamorado ya de *Lelia*, por ningún oro del mundo consiente su rescate: el Conde llega al colmo de la desesperación y en ese instante *Urielle* desempeña la comisión que de Satanás recibiera y ofrece al de Bravante que *Lelia* le será devuelta si él consiente en vender su alma: aceptado el pacto, *Federico* lo firma con su sangre y *Urielle* se empeña en la ingrata tarea de seducir al soberano indio, bajo las apariencias de una mujer bellísima que despliega ante él uno por uno todos sus encantos; tan completamente lo consigue que el monarca propone el cambio de *Lelia* por el disfrazado *Urielle*, y *Federico* puede al fin unirse para siempre con su amada.

Hecho esto, el pobre genio desaparece como el humo de entre los brazos del soberano, quien tiene que contentarse por último recurso con *Phebé*. En el cuarto acto, *Urielle* ha cambiado definitivamente de forma; ya no es el pajecillo listo y travieso, es la mujer apasionada que frenética de amor y de celos, viene á vengarse con el pacto terrible y á arrastrar consigo á su víctima. El conde reconoce su firma y se ve forzado á seguir á *Urielle*, agobiado por la más honda desesperación, y tales son sus transportes de dolor, que el femenino, amante y celoso genio se conmueve, y con rasgo de generosa pasión salva á *Federico* arrojando á las llamas el fatal convenio, y á su vez se deja dominar por la pena de la imposibilidad de su dicha, y cae desvanecido y medio muerto, invitando á huir, lejos, muy lejos, á los felices esposos por los cuales acaba de sacrificarse. Así lo hacen ellos, pero antes *Lelia* deja sobre el desfallecido cuerpo de su rival una santa cruz que siempre la había acompañado y protegido. El demonio llega á enterarse de la infidelidad de su mensajero y se dispone á castigarle por toda una eternidad con los más atroces tormentos, cuando *Urielle* acude con toda su fe á la protección de la bendita cruz que conserva como premio de su sacrificio. A su vista huyen los demonios y los cielos se abren esplendentes y magníficos para recibir al espíritu protector de los amores castos.

“El triunfo de la Cruz—dice un cronista—encierra trozos de primer orden en su género, de sorprendente equilibrio, de maravillosa audacia y de tierna y de sentidísima expresión. Recordamos entre otros, el primero de todos, según la común opinión, el gran paso del abandono ejecutado por la pareja Monplaisir; es imposible que la imaginación pueda crear una serie de posiciones más bellas, un conjunto de más poéticos pormenores. No le va en zaga el paso de la seducción entre el Radjah y *Urielle*: el demonio de la voluptuosidad y del placer va á poner en juego todos sus encantos; pero como el de-